



Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera – nº 274 – 1 de agosto de 2017

En este número

Te ofrecemos

1. En agosto, vacaciones, *Emilio Álvarez Frías*
2. Santiago Apóstol y España, *Santiago Cantera*
3. Alcance histórico del 18 de julio, *Pío Moa*
4. La carta colectiva y el beneditino Hilari Raguer, *José M^a García de Tuñón Aza*
5. Orgullo nacional versus nacionalismos, *Manuel Parra Celaya*
6. ¡Eran las autonomías, imbéciles!, *Ángel Pérez Guerra*
7. Rejonear en burro, *Antonio Burgos*

En agosto, vacaciones

Emilio Álvarez Frías

Será ahora, en agosto, cuando el corral quede más tranquilo, pues en julio el que más y el que menos ha tenido su aquél. Sin duda es el mes vacacional por excelencia, y aunque haya sido con unos días de anticipación, hasta el rey y familia ya se han ido a Mallorca a cumplir con el rito establecido por el rey emérito, como su abuelo y Franco lo hacían en San Sebastián. Cumplido el rito marcharán, como de costumbre, a lugar desconocido. Y, presumiblemente, los líderes de los partidos también se perderán de vista, momento en el que el país reposará tranquilo, en las ciudades del interior se circulará que dará gusto, aunque alguien aprovechará esa calma para meter un pufo, bien a través del BOE, bien apareciendo en algún medio de comunicación, bien discretamente o hasta anónimamente.

En los últimos días de julio, al cerrarse el Consejo Regional de Andalucía, su presidenta, Susana Díaz, dejó claro que ella era fiel al socialismo y su trayectoria iba por unir primero al PSOE, y promocionarlo después de acuerdo con los postulados de siempre, teniendo el ser de España en lugar primordial, lo que suponía que no aceptaba las artimañas de Pedro Sánchez ni sus piruleos –palabra no admitida todavía por la RAE, pero que define perfectamente algunos actos, como éste– con Pablo Iglesias creyendo que lo va a llevar al huerto, en lo



Manola y manolo llevan flores a la Virgen de la Paloma

que se equivoca, ya puede ser él quien se encuentre desvalido en el huerto. Claro que el mozo no lo tomó en consideración, y en su discurso grandilocuente en el no dijo nada, como siempre, pues él está vacío de contenidos, habló también de unir al socialismo bajo una misma bandera, la suya, para hacer de España una nación de naciones, una nación plurinacional, concepto que

los más expertos politólogos todavía no han estudiado ni considerado, de forma que el proyecto de este ignorante muchacho puede ser una idea que marque un hito en la historia de las formas de estado. Con esa parida, que viene propugnando en su segunda etapa de secretario general del partido, suponemos que irá a descansar y a permitirnos a los demás lo mismo.

Aunque no todos veraneamos en la costas españolas o en la maya, ni paseando por Irlanda o el Tirol, o haciendo deportes de aventura jugándose la vida, ni yendo a los países de oriente, tan tentadores, pero tan peligrosos ahora. Ya se nos ha pasado el arroz y nos quedamos en el lugar en el que habitualmente vivimos. En Madrid, si tenemos fuerza, nos podemos acercar, a la caída de la tarde, a las calles adyacentes a la de Toledo, donde los vecinos organizan las verbenas más sonadas de San Cayetano, San Lorenzo y la Virgen de la Paloma.



Así lo hacemos. Y para adecuarnos al ropaje de los castizos «manolos», nos vestimos con camisa blanca, chaleco ajustado y la imprescindible parpusa a la cabeza. Llevando un botijo clásicos, de los que había en todas las casas madrileñas, y que se compraba a los botijeros manchegos que recorrían las calles ofreciendo su mercancía. Hoy lo he llenado con una bebida tradicional, o sea, con aguardiente para acompañar los azucarillos que no deben faltar.

Santiago Apóstol y España

Santiago Cantera (*Prior abadía del Valle de los Caídos. Homilía 25.07.2017*)

«Este tesoro lo llevamos en vasijas de barro», nos ha dicho San Pablo en la segunda carta a los Corintios (2Cor 4,7-15). ¿A qué tesoro se refiere? A la fe en Jesucristo que se nos ha transmitido. Un tesoro que hemos recibido en España, según una venerable tradición, gracias a la labor evangelizadora del propio San Pablo –cosa que verifica el papa San Clemente I– y de Santiago, el primero de los apóstoles en beber el cáliz del martirio que el Señor le anunció en el texto del Evangelio que se ha leído (Mt 20,20-28) y que se nos ha narrado en la lectura de los Hechos de los Apóstoles (Hch 4,33.5.12.27b-33; 12,1b). Por eso Santiago y San Pablo están representados en el mosaico de nuestra cúpula al frente de los grupos de santos y mártires



Cansados por las duras etapas del Camino, pero felices de llegar a Compostela, los peregrinos se acercan a la catedral a ofrecer al Santo los fríos pasados, las ampollas, el cansancio, los tórridos soles y las lluvias que los han acompañado, y, sobre todo, las reflexiones hechas a cada paso, en cada iglesia o ermita, con los otros peregrinos en los albergues...

españoles.

El tesoro de la fe es el mayor que sin duda alguna podemos haber recibido, porque es la fe en el Dios verdadero y en su Hijo Jesucristo, el único Salvador para todos los hombres y para todos los pueblos. Y así, como dice San Pablo a los corintios, aunque hoy nos aprieten por todos lados, nos

acosen y nos derriben, no quedamos aplastados, ni desesperados, ni abandonados, ni derrotados, porque participamos de la vida y Pasión de Jesús y también de su presencia resucitada, que nos da una fuerza inquebrantable. Por eso, porque la Iglesia en España entiende que lo más precioso para nosotros es la fe recibida, pide en la oración colecta de la Misa que, por el martirio y la intercesión de Santiago, «España se mantenga fiel a Cristo hasta el final de los tiempos».

¿España y la fe en Cristo? Hoy a algunos les produce escalofrío pensar en la relación entre España y la fe en Cristo, por rechazo a ambas o a una de las dos, y lamentablemente esta confusión está presente incluso entre algunos católicos, como confusión también supone el temor a hablar del concepto de «patria» y del patriotismo. Sin embargo, San Juan Pablo II no dudó en proponer una «teología de la patria» sobre fundamentos bíblicos (*Memoria e identidad*, Madrid, 2005, caps. 11-15) y explicó que la patria es un patrimonio, «el conjunto de bienes que hemos recibido como herencia de nuestros antepasados», que «incluye también valores y elementos espirituales que integran la cultura de una nación» (*Memoria e identidad*, 2005, p. 78). Ya San Isidoro de Sevilla, invocado en la Edad Media como «Doctor de las Españas», explicaba que «el nombre de patria se debe a que es común a todos los que en ella han nacido» (*Etimologías*, lib. XIV, 5, 19).

Asimismo, el santo papa Juan Pablo II enseñaba que el patriotismo es parte del cuarto



Imagen de Santiago en Compostela, frente a la que los peregrinos abren su corazón al final del Camino

mandamiento de la Ley de Dios y que «significa amar todo lo que es patrio: su historia, sus tradiciones, la lengua y su misma configuración geográfica. Un amor que abarca también las obras de los compatriotas y los frutos de su genio». Frente al riesgo del nacionalismo, que quiere sólo el bien de la propia nación sin contar con los derechos de las demás, el santo Papa proponía precisamente el patriotismo, porque es un amor social ordenado, un amor a la patria que reconoce a todas las otras naciones los mismos derechos que reclama para la propia (*ibid.*, pp. 85-88).

Ciertamente, el verdadero patriotismo es una virtud de Ley Natural, la virtud

del recto amor a la patria, según lo ha entendido siempre la moral católica, que lo hace derivar de la piedad filial, del amor a los padres, del cuarto mandamiento de la Ley de Dios. Así se expresa con claridad en el *Catecismo de la Iglesia Católica*, donde se dice que «el amor y el servicio de la patria forman parte del deber de gratitud y del orden de la caridad» (nº 2239).

Como el amor a la patria es de Derecho Natural y, por lo tanto, se descubre universalmente en todos los pueblos, el siervo de Dios cardenal Van Thuan lo enseñaba y exhortaba a él en un poema del que selecciono algunos versos en los que, si queréis, podéis poner el nombre de España donde él dice Vietnam, y que titulé «Tú tienes una patria»: «Tú tienes una patria, el Vietnam; / un país tan amado, a lo largo de los siglos, / es tu arrogancia, tu alegría. [...] Ama su historia gloriosa, / ama su pueblo laborioso, / ama sus heroicos defensores. [...] Ayuda a tu patria con toda tu alma, / sé fiel a ella. / Defiéndela con tu cuerpo y con tu sangre, / constrúyela con tu corazón y con tu mente, / comparte la alegría de tus hermanos / y la tristeza de tu pueblo. / Un Vietnam. / Un pueblo. / Un alma. / Una cultura. / Una tradición. / Católico vietnamita, / ¡ama mil veces tu patria! / El Señor te lo enseña, la Iglesia te lo pide. / Pueda el amor de tu patria ser todo uno / como la sangre que corre en tus venas».

La confusión, por tanto, no está en hablar del sentido de la patria o de España en concreto como patria, ni en entender que aquello que esencialmente ha configurado la tradición hispánica es la



Mireia Belmonte es parte de la España de hoy

fe en Cristo. De algún modo, usando la imagen paulina, los hitos principales de la Historia de España y gran parte de las mejores obras de nuestro arte, de nuestra literatura y de nuestro pensamiento, son las vasijas de barro en las que España ha conservado y transmitido el tesoro de la fe en Cristo.

No dudemos, pues, en invocar hoy a Santiago como Patrón de España, como lo hiciera, entre otros muchos, Fray Luis de León, que recordaba

que por la intercesión del Apóstol «son las Españas / del yugo desatadas / del bárbaro furor, y libertadas», y Ja España, a quien amaste / [...] tu cuerpo le enviaste / para dar luz a donde / el sol su resplandor cubre y esconde” (Poesía a Santiago). Pidamos que Santiago, a quien ya San Beato de Liébana denominó «áurea cabeza de España, nuestro protector y patrono» (*Himno O Dei Verbum*), y la Virgen Santísima, Reina de los Apóstoles, a la que Alfonso X el Sabio invocó como «Santa María de España», conduzcan de nuevo a nuestra patria y a todas las patrias de Europa a descubrir y recuperar su esencia cristiana.

Alcance histórico del 18 de julio

Pío Moa (*Dichos, actos y hechos*)

Esta semana se ha cumplido el 81 aniversario del alzamiento del 18 de julio de 1936, y es importante, ante todo, entender por qué se produjo y contra qué. Eso debiera estar claro hoy para todo el mundo, pero ocurre lo contrario.

Desde hace más de 40 años, ya en pleno franquismo, cundió la versión de que se trató de un golpe militar contra un gobierno normal y democrático salido de una elecciones igualmente normales y democráticas. Esa era la tesis difundida por la escuela comunista de Tuñón de Lara y acogida por otras fuerzas políticas hasta volverse dominante, también en la derecha, hasta principios de este siglo. Con algunas voces discrepantes como la de Ricardo de la Cierva, que, como se jactaba una profesora de tres al cuarto, había sido erradicado de la universidad.

Creo poder decir sin jactancia que en este contexto mis estudios sobre los mitos de la república, la guerra y sus orígenes, contribuyeron a cambiar ese panorama de modo radical.

Cuando digo esto me refiero al aspecto intelectual: ni una sola de mis tesis o de mis datos han sido rebatidos convincentemente. En realidad, la respuesta ha sido, no un debate racional, sino sartas de insultos y descalificaciones personales, seguidas de una espesa campaña de silenciamiento en los medios de masas, muy especialmente en los de derecha como *ABC*, *La Razón*, *La Vanguardia*, la radio y televisión «de los curas», etc. Es lógico, nunca han sido demócratas y quieren pasar por tales a fuerza de hacerse los antifranquistas, siguiendo a una izquierda que siempre tendió al totalitarismo y la corrupción.



De modo que cuando digo que en el aspecto intelectual hemos vencido a la superchería de estos años, debo añadir que no ocurre igual en la opinión pública, manipulada y moldeada por los medios, partidos e historiadores pro Frente Popular.

Hoy por hoy, una gran masa de españoles cree a ciegas las historietas que le cuentan unos auténticos estafadores políticos, a cuyos modelos republicanos definiera el liberal Gregorio Marañón con las palabras «mentira, estupidez y canallería». Y como esta situación es muy grave y abona todo tipo de políticas siniestras, insistimos tanto en la urgencia de dar la batalla cultural por la verdad histórica, sin la cual no habrá posibilidad de una regeneración democrática.

Pues bien, vamos a la realidad histórica. Como está demostrado desde hace bastantes años, las elecciones del Frente Popular fueron fraudulentas y aplicadas en un clima de violencia e ilegalidades desde la campaña y el recuento electoral hasta la destitución de Alcalá Zamora, pasando por otras elecciones parciales y la llamada revisión de actas. He insistido de manera especial en ello y últimamente dos estudiosos han dado nuevos detalles que lo corroboran. Esta aclaración es fundamental porque todos los discursos que vienen falsificando la historia y deformando la política, parten del supuesto de unas imaginarias elecciones democráticas. Aquellos comicios fraudulentos dieron lugar de modo inmediato a un proceso revolucionario extremadamente violento, despótico y arbitrario, que he detallado y documentado en el libro *El derrumbe de la República*. En cinco meses hubo cientos de asesinatos, incendio de innumerables iglesias, registros de la propiedad, sedes y prensa de derechas, provocaciones, invasiones de fincas, secuestros, etc. en medio de un verdadero hundimiento económico.

Entender qué era el Frente Popular exige atender a sus componentes de hecho o de derecho. Su principal partido, el PSOE, había organizado la insurrección de octubre de 1934 para imponer un régimen de tipo soviético, y estaba muy influido por el PCE, agente orgulloso de la política de Stalin.

Estaba la separatista Esquerra catalana, que había participado en el mismo golpe, con la idea de disgregar España. Los anarquistas habían lanzado tres sangrientas insurrecciones contra la república. Los republicanos de izquierda, orientados por Azaña, habían intentado varios golpes de estado al perder las elecciones de 1933. Y en plena guerra se les incorporaría el PNV, un partido fanáticamente racista y antiespañol. Con asombroso



descaro estos partidos, que habían atacado violentamente la legalidad republicana, se proclamaban en 1936 republicanos, otro fraude colosal, y como tales y demócratas los presenta una masiva historiografía con bárbara falsedad.

Pero no era solo el hecho de que ninguno de ellos fuera demócrata ni respetase la legalidad republicana. Sus programas y políticas demuestran que se trata de una conjunción de partidos totalitarios o golpistas con otros separatistas. Y ello es definitivo: el Frente Popular atacaba directamente la integridad nacional y buscaba imponer tiranías totalitarias, y de acuerdo con ello obraba. Por lo demás, cada partido tenía sus propias aspiraciones, y ya antes del 18 de julio andaban a tiros los socialistas con los anarquistas, y luego, en plena guerra civil unos y otros se mataron a mansalva, hasta terminar el conflicto en una segunda guerra civil entre los propios partidos del Frente Popular. Con todo, había algo en lo que todos concordaban: en la destrucción violenta y sangrienta de la Iglesia y de la cultura cristiana, raíz de la cultura occidental. Y a ello se aplicaron sistemáticamente.

Queda claro, pues, contra qué se produjo el alzamiento del 18 de julio: contra lo que representaba el Frente Popular y en pro de la supervivencia de la unidad nacional, de la cultura cristiana, de la propiedad privada y de la libertad personal, aunque fuera preciso sacrificar hasta cierto punto diversas libertades políticas. Estos motivos no fueron en absoluto pretextos. Esto es absolutamente esencial señalarlo, porque casi todas las historias se pierden en consideraciones menores o parciales que oscurecen lo principal. Repito: la causa inmediata del alzamiento, que empezó con un golpe militar fallido, fue el violento y sangriento proceso revolucionario salido de unas elecciones fraudulentas, que empujaba a un régimen totalitario y ponía en gravísimo peligro la unidad de España y la cultura cristiana.

Pero a menudo los protagonistas de un hecho histórico ignoran otros alcances más amplios de sus acciones. Así, hemos visto cómo casi nadie ha enmarcado el Desastre de 1898 en el amplio cuadro histórico que le da sentido, pues aquella derrota cerró una gran etapa histórica comenzada para España con el Descubrimiento de América, y culminó asimismo un siglo XIX también desastroso desde la invasión napoleónica. Vimos también como una derrota que económicamente no fue grave, supuso en cambio un golpe moral y político tremendo, cuyas ondas llegan con fuerza hasta hoy. Entonces surgió un regeneracionismo que pretendía crear una nueva España sin raíces, denigrando toda la historia anterior, a base de ideas nebulosas, aspiraciones contradictorias y una retórica vacua y pomposa. Y cobraron intensidad factores antes poco importantes, como el terrorismo anarquista, los separatismos y un socialismo demagógico e intelectualmente pobre. Estos movimientos hundieron el régimen liberal de la Restauración y tras la breve dictadura de Primo de Rivera abocaron a una república caótica, en la que aumentaron la miseria y los odios sociales hasta desembocar en el Frente Popular. Es



Playa de Benidorm en 1960

decir, La república y el Frente Popular pueden entenderse como la consecuencia del Desastre del 98, de su crisis moral generadora de odios profundos a España, al cristianismo y entre partidos.

Se nos plantea, por tanto, el significado del régimen salido de la guerra civil. Este puede entenderse justamente como el intento de superar las consecuencias del 98, en una época en que la democracia liberal estaba en crisis en toda Europa. ¿Lo consiguió? Cuando murió Franco, España era una importante potencia industrial, con una gran clase media, los

viejos odios olvidados para la inmensa mayoría, el anarquismo y el republicanismo casi extinguidos, unos separatismos de muy escaso arraigo. Una sociedad próspera, con razonable orgullo nacional, políticamente moderada, uno de los tres o cuatro países del mundo con mayor esperanza de vida al nacer, etc. Aquella nueva sociedad había superado en lo esencial los efectos del 98 que habían llevado a la crisis de la república y el Frente Popular. El carácter e intenciones de la nueva España quedaron bien demostrados cuando, al plantearse la democratización del país después de Franco, la inmensa mayoría rechazó en referéndum la fraudulenta y peligrosísima opción rupturista y optó por la llamada reforma de la ley a la ley, de la legitimidad del franquismo a la de la democracia. Opción traicionada muy pronto por los partidos, empezando por el que venía más directamente del franquismo y dirigido por políticos vanos e incultos.

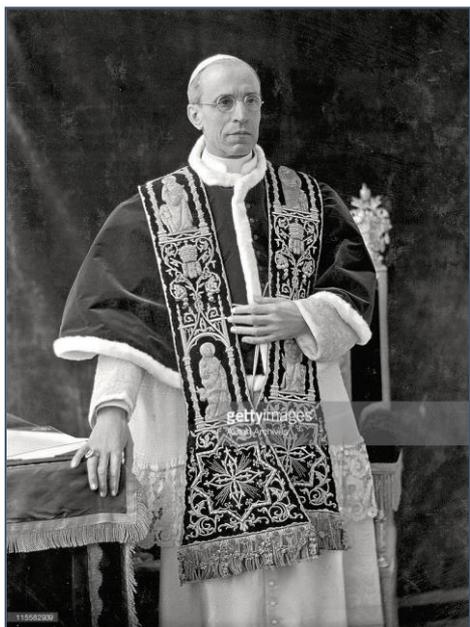
Pero que la obra del franquismo había sido profunda lo demuestra el largo esfuerzo de décadas que han debido hacer sus enemigos para falsificar la historia, imponer una despótica y totalitaria ley de memoria histórica, y convertir la democracia en una parodia. El antifranquismo es la vuelta a las miserias que propiciaron la guerra civil, nacidas a su vez del Desastre del 98. De ahí la enorme importancia, insistimos, de la batalla cultural por rectificar unas tendencias destructivas y por hacer una España digna de su mejor historia.

La carta colectiva y el benedictino Hilari Raguer

José M^a García de Tuñón Aza

Alfa y Omega es un semanario católico de información, según dice en su cabecera. Pues bien, en el número 1.036, publicado el pasado 27 de julio, leí una noticia que me sorprendió bastante. No por la noticia en sí sino porque el semanario no hacía el más mínimo comentario de la misma. Se limitó a publicarla y aquí paz y después gloria.

¿Qué decía la noticia? Pues ni más ni menos que el cardenal Eugenio Pacelli, futuro Pío XII, pidió en 1937 a los obispos españoles que no publicaran su *Carta Colectiva*. El descubrimiento de esta misiva del cardenal Pacelli, fue hallada en los Archivos Vaticanos por el fraile benedictino español, Hilari Raguer. Fraile de quien me ocuparé más adelante.



Cardenal Pacelli

Que el cardenal Pacelli haya escrito esa carta –que extrañamente el semanario no reproduce– cuando era secretario de Estado, carece de importancia. La *Carta Colectiva*, tuvo una enorme acogida en el mundo católico, y fue autorizada por el entonces Papa Pío XI. Cuando tuvo lugar su publicación, 1 de julio de 1937, habían sido asesinados 11 Obispos. Disponibles para firmarla había 48, y la firmaron 43, más 5 Vicarios: el de Sigüenza, Cádiz, Ceuta, León y Valladolid. No la firmaron Vidal i Barraquer, de Tarragona; Múgica, de Vitoria; Erastoza, de Orihuela, retirado y enfermo en San Sebastián; Torres y Ribas, de Menorca, que estaba en zona roja; y el cardenal Segura que se encontraba en Roma con los ánimos muy contrariados porque el Vaticano no le había restituido a su Sede Episcopal y no tenía cargo alguno en España.

La *Carta*, que años más tarde el cardenal Tarancón no dudó en declarar que él también la hubiera firmado, fue concebida no como una tesis sino simplemente como una exposición de los acontecimientos que se desarrollaban dentro de nuestra patria y de la que la Iglesia no era culpable, pero que tampoco podía permanecer indiferente

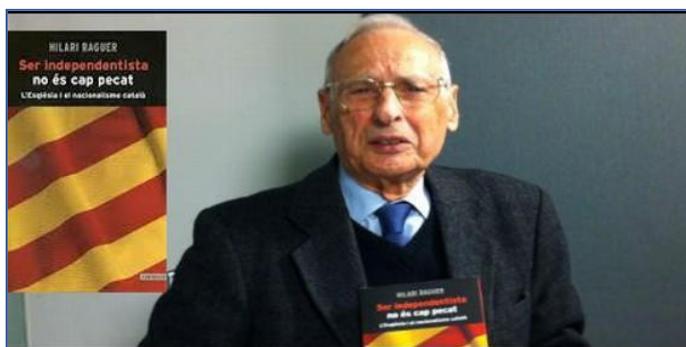
en la lucha porque se lo impedían su doctrina y su espíritu. El contenido de la misma era bastante extenso y aunque gran parte de lo que en ella se exponía no era nuevo sino que ya venía exteriorizándose a través de muchos obispos españoles y no por ello dejó de tener una enorme difusión a la vez que aceptación por parte de los obispos extranjeros. De ella se hicieron ediciones en varios los idiomas.

Y ahora me ocuparé del benedictino Hilari Raguer, quien en más de una ocasión se opuso a la beatificación de los mártires de la guerra porque, según él «el clero venía asociándose a la derecha tan estrechamente, que la Iglesia y derecha eran ya términos sinónimos para la gente. ¡A aquellos religiosos los mataban por pugna política, no por su fe cristiana! No son mártires pues». Pues, también digo yo, este benedictino no sabe lo que dice. Olvida deliberadamente que muchos de los beatificados fueron asesinados en aquella guerra preventiva, que decía Gustavo

Bueno, que tuvo lugar en octubre de 1934. En esta fecha asesinaron a unos pobres frailes que en un pueblo minero se dedicaban a enseñar a los hijos de los obreros, siendo ellos mismos, en su mayor parte, hijos del pueblo, hijos de obreros extraídos de las últimas capas sociales. Otros eran seminaristas. ¿Se atrevería, pues, a decir que todos ellos estaban asociados a la derecha?

En otra ocasión, este fraile, el 17 de febrero de 2002, en el periódico *La Vanguardia*, se atreve a escribir: «El fusilamiento de José Antonio, como todos los fusilamientos, es lamentable, pero no se puede negar que en él se cumplió la sentencia evangélica de que quien a hierro mata, a hierro muere». Leídas esta palabra a mí no me cabe la menor duda pensar que este personajillo es una mala persona, un cara dura, un pícaro, porque José Antonio nunca mató a nadie ni tampoco se ha probado que mandara matar. Lo que ha escrito este monje es una auténtica calumnia indigna de ser escrita por un religioso.

La historia fue la que fue y no la que nos quiere pasar de matute Hilari Raguer. Antes de un mes



Hilari Raguer presenta su libro en el que defiende la independencia de Cataluña

de promulgada la República, exactamente el 11 de mayo de 1931, casi un centenar, entre templos y casas religiosas, fueron pasto de las llamas en tres días de barbarie popular con la pérdida consiguiente de un tesoro artístico de incalculable valor, precisamente destruido por los que nos dicen que la cultura es de izquierdas. Consta también que la censura oficial impidió a los periódicos de orientación católica dar la versión justa de los hechos, mientras la prensa opuesta, la que debió haber leído el monje, ofrecía a sus lectores las más pintorescas interpretaciones. Por ejemplo,

que los incendios habían sido maquinados por católicos antirrepublicanos para desprestigiar al régimen, que los frailes habían disparado sobre los obreros, que en los conventos había arsenales de armas y polvorines. Después, desde la victoria del Frente Popular hasta el 18 de julio, se cometieron centenares de atentados, entre los que se encuentran 411 iglesias destruidas o profanadas. Lo dice hasta el propio Azaña en una carta a su cuñado Rivas Cherif: «Hoy nos han quemado Yecla: 7 iglesias, 6 casas, todos los centros políticos de derecha, y el Registro de la Propiedad. A media tarde incendios en Albacete, en Almansa. Ayer, motín y asesinatos en Jumilla. El sábado, Logroño, el viernes Madrid: tres iglesias...».

En fin, insolente Hilari Raguer, sosiéguese y, sobre todo, no mienta.

Orgullo nacional versus nacionalismos

Manuel Parra Celaya

Vaya por delante una afirmación rotunda: toda especulación estadística sobre *intenciones de voto* y tantos por ciento de catalanes favorables o no favorables a la separación es viciosa de origen. Como también lo es, sin duda, cualquier especulación del mismo tenor sobre las posibles apetencias del conjunto del pueblo español, acogiéndose al lugar común legal de la *soberanía nacional*.

La razón de esa rotundidad con la que me expreso no es otra que el de mi identificación orteguiana con el concepto de *dogma nacional* para definir el proyecto de España; o, dicho de otra manera, con mi firme creencia en su irrevocabilidad, ya que, como he dicho en otras ocasiones, la nación no puede estar al albur de los caprichos de la actual generación, mera usufructuaria, que no propietaria en exclusiva, de una tarea colectiva, siempre inacabada y, por definición, suprageneracional.

Toda forma de nacionalismo –catalán, *español*– choca frontalmente con la idea expresada, ya que esa tarea colectiva y secular se justifica, precisamente, en tres presupuestos: el primero, su capacidad de integrar en ella elementos heterogéneos –lenguas, tradiciones, usos, costumbres, incluso orígenes étnicos–; el segundo, por tener lugar en un marco de universalidad, de apertura al conjunto de otros pueblos y otras naciones, y, el tercero, por el cumplimiento de una tarea histórica colectiva. Derivada de estos aspectos, añadiré su potencialidad de integración en colectividades y patrias más amplias, léanse, en nuestro caso, los proyectos hispánicos y europeos.

Todo lo anterior me sirve para reafirmar cada día un legítimo orgullo de ser español (y, por ende, de ser catalán, europeo e hispano). Este orgullo no se puede circunscribir a la satisfacción por triunfos personales de compatriotas, por mucha complacencia que me puedan despertar; me alegra, por ejemplo, que la tenista Muguruza gane en las pistas o que muchos deportistas cosechen victorias, o que empresarios e investigadores españoles reciban un reconocimiento internacional..., pero no basta.



España gana la copa de Europa de fútbol en 2012

empresarios e investigadores españoles reciban un reconocimiento internacional..., pero no basta.

Ni siquiera la memoria de hechos históricos importantes –que son repetidos, a veces, como tópicos vacíos– justifica por sí misma este orgullo, pues el devenir temporal es un continuum de pasado, presente y futuro, que no admite su fijación en un momento concreto. Lo decisivo es que esa tarea suprageneracional se vaya realizando y actualizando

ininterrumpidamente, sin cortes abruptos ni escisiones caprichosas. En contradicción abierta con la mentalidad posmodernista, una patria es un *gran relato* cuyos narradores y protagonistas son todos los que han participado, participan y *participarán* en su guion y desarrollo.

¿Puede inscribirse en el ámbito de la metafísica esta concepción de España? Sin lugar a dudas, pero sin perder por ello un ápice de realismo. Hagamos derivar de este enfoque metafísico el tipo de patriotismo que considero más sincero y acertado: el de la crítica, o, en otras palabras, el que nace del *dolor de España*, ese que hunde sus raíces y fundamentos en las mentes más egregias de nuestro pensamiento, de antes y de ahora.

Contrapongamos de este modo los aspectos más lacerantes de la *España física* (corrupción, paro, injusticia, insolidaridad, individualismo, relativismo y nihilismo axiológicos...) al *ser ideal de la España metafísica*, y esforcémonos en la superación de aquellos.

Interioricemos lo español, encarnémoslo, no como visión pesimista de un imposible, como si el *dolor* por las lacras y defectos del presente llevaran irremediamente a un estado de depresión colectiva incurable, sino como un acicate de superación, en línea de cumplimiento de aquella tarea histórica.

Lo contrario, cabalmente, de las actitudes nacionalistas, que, o se complacen bobaliconamente en la mediocridad de lo existente, o, por rechazo, buscan la huida en el ingenuo refugio del aldeanismo. El orgullo de la españolidad se anclará mejor en los surcos de la crítica y del esfuerzo colectivo y personal.

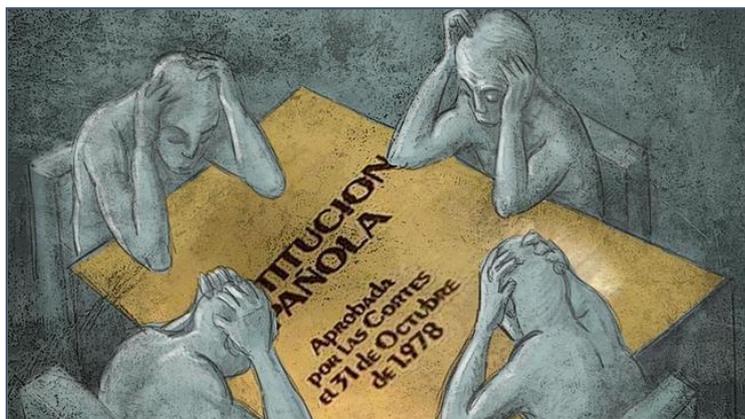
En busca de una fórmula superadora del nacionalismo –de todo nacionalismo–, rechazemos de plano la frase canovista, en el marco de la I Restauración, de que *es español el que no puede ser*

otra cosa, y demos actualidad al aserto joseantoniano de que *ser español es una de las pocas cosas serias que se puede ser en el mundo*.

¡Eran las autonomías, imbéciles!

Ángel Pérez Guerra

A la espera de poder abordar un análisis sesudo de los acontecimientos catalanes, creo llegado el momento de enfrentarnos con el problema como algo ineludible, aunque la precipitación de este giro histórico que no lo parece –como todos– obligue a tomar la pluma de punta gruesa con la que he escrito el título. Lo primero que es preciso recordar tiene también que ver con la Historia, y no precisamente con la que les enseñaron a nuestros hijos y ahora a



nuestros nietos, sino con la historiografía honesta, laboriosa y discreta cuyos últimos vestigios se afana por erradicar la autodenominada «memoria histórica». Porque todo esto tiene una «etiología» que dicen ahora los profesionales, una génesis que decían nuestros padres. Y el origen está en ese complejo antiespañol que arrastraban buena parte de los «padres» de la Constitución y que no era sino reflejo de los partidos que acudían a la Carrera de San Jerónimo en junio de 1977 con hambre atrasada,

en todos los sentidos. No se construyó un edificio para todos, no. Se levantó un sistema sin cimientos, y hoy se viene abajo, por ahora parcialmente. Sé que esto que escribo resulta –¿cómo diría?– angustiosamente incómodo para casi todo el mundo, menos para los amantes de la verdad la diga Agamenon o Zapatero (el del concepto de nación discutido y discutible y el del estatuto emancipatorio para Cataluña).

El célebre título VIII de la Carta Magna, del que ya casi nadie habla, es una puerta abierta a cualquier cosa, incluida la secesión, como estamos viendo. Y que nadie se llame a engaño: no se cerró la puerta porque no se quiso, porque en la reforma política que hizo posible la transición no se incluyó lo que podría haber evitado la deriva en la que nos encontramos: un distrito único nacional que impidiese el paso a las instituciones para los llamados «nacionalistas», en realidad separatistas, traición ésta que sólo aquellos sectarios empeñados en sostener que la Tierra es plana, pueden negar a estas alturas. Y, evidentemente, en el aire flotaba el luto y la amenaza constantes de la violencia terrorista.

Una Ley de leyes que en un artículo señala que España es patria común e indivisible de los españoles y en otro, líneas más abajo, que se compone de nacionalidades es una confesión de impotencia ante la presión de quienes nunca creyeron en España. A partir de esta plurinacionalidad de la Nación, se puede defender legítimamente todo con la Constitución en la mano. Y por supuesto, el fin natural último de dicho reconocimiento es la autodeterminación, como en las colonias que dejan de estar sometidas y cuyos pueblos ejercen la legítima soberanía a la que les dan derecho las metrópolis en retirada.

Recientemente, alguien con alto mando en plaza y los colores de España en la camiseta reafirmaba que aquí sólo hay una soberanía nacional, la española. Permítanme una sonrisa entre flemática y maquiavélica. ¿Con dieciocho parlamentos una sola soberanía? Se me ocurren muchas cosas, pero no quiero abusar de la sal gorda que me vería forzado a emplear, sobre todo si entramos en harina económica. ¿Cuánto han crecido en España los impuestos, los puestos «de

responsabilidad» financiados con fondos públicos y los presupuestos de adjudicaciones, con su estela de corruptelas conocidas, gracias a la elefantiasis autonómica? ¿Tenía esto algo que ver con las perspectivas autonómicas de los políticos? ¿O todo era un sincero afán de autogobierno ligado inexorablemente a la democracia y al progreso y acompañado de un flamear romántico de banderas al son de himnos decimonónicos?

Como todas las maldiciones bíblicas, esto ya no tiene remedio. ¿Quién y cómo da marcha atrás? Nuestros instintos básicos se rebelan, es cierto, y acuden a los medios más primitivos, que siguen estando vigentes en el siglo XXI después de Cristo (ahora se dice «de nuestra era») igual que en el Neolítico, época ésta última a la que cada vez nos parecemos más. Es la misma Constitución que afirma una verdad y su contraria –y que todos y todas estamos obligados a cumplir, si ello es posible– la que habla de velar por la integridad territorial como una de las funciones de las Fuerzas Armadas. La ministra de Defensa y secretaria general del partido en el Gobierno de la Nación así lo recordó –ante las mismas Fuerzas Armadas– el día en que las autoridades catalanas hacían pública su convocatoria de independencia. Hay también un artículo que se empieza a prestar a los chistes fáciles y que faculta al Gobierno de la Nación para intervenir en cualquier comunidad autónoma sediciosa. Pero este gran bochinche es mejor, como decía, estudiarlo un poco más a fondo antes de escribir parte de lo que a uno le pide el cuerpo.

Rejonear en burro

Antonio Burgos (ABC)

¿Quién nos iba a decir que llegaría un tiempo en que tan verdad se haría su famosa frase de «vamos a dejar a España que no la va a conocer ni la madre que la parió», que hasta íbamos a echar de menos a Alfonso Guerra. A Guerra le pasaba y pasa como al cante: «Dice cosas este loco / que a veces no son verdad, / pero mentira tampoco».

Lo del conocimiento de España por su santa madre, ya lo ven, ha llegado a ser verdad tras Zapatero. Como lo ha sido lo más reciente, con lo que ha estado de acuerdo media España y parte de la otra media, cual su afirmación de que el Gobierno debe aplicar en Cataluña, y cuanto antes, en el artículo 155 de la Constitución.

Pero, por lo visto, en el «nuevo PSOE» de Sánchez una de las prioridades es quitar de enmedio y para siempre a Alfonso Guerra, para que desde la vieja guardia de aquellos socialistas con sentido de Estado y de España no siga largando verdades con las que estamos de acuerdo hasta los que lo pusimos como no quieran dueñas cuando el famoso asunto de los cafelitos de Mienmano y el «Mystere» oficial que pidió para saltarse la cola de la frontera de Portugal tras las vacaciones de Semana Santa, que es donde empezó su descrédito y caída.



En este punto, considero a Guerra una víctima del currismo, un mártir político de su afición a los toros. ¿Saben por qué pidió el avión oficial para que lo llevara «a Sevilla a ver los toros» y se formó aquel escándalo que luego, unido a lo de Mienmano, supuso su caída? Porque era Domingo de Resurrección, toreaba Curro Romero en Sevilla y no quería perderselo por nada del mundo.

En este apartamento que, a modo de apartamento, le ha puesto Sánchez a Guerra para ingresarlo en el hogar del pensionista socialista, venía ayer en *ABC* una noticia que, si yo fuera tertuliano (Dios no lo permita) diría que es «de hondo calado y largo recorrido».

A Guerra lo quitan, después de tantos años, como presidente de la Fundación Pablo Iglesias y le ofrecen el clásico jarrón chino: la presidencia de honor. Cuando ahora, ahora era cuando tenía que tributársele un homenaje nacional por su clarividencia en profetizar esta España hecha unos zorros por este PSOE «podemizado» que de Zapatero a esta parte nos están dejando. Vamos, lo que queda de España. Lo que de ella nos quieran dejar los del referéndum ilegal del «Adiós, mi España querida».



Pedro Sánchez no ha perdonado que Alfonso Guerra estuviera de parte de Susana Díaz

Igual que lo de «la madre que la parió», Guerra hizo otra profecía, por lo civil naturalmente: «No voy a parar hasta que vea a Fermín Bohórquez rejonear en burro».

Con la prohibicionista «Regulación de las corridas de toros en Baleares», también se va a cumplir. En ese fútbol con balón cuadrado que dice mi dilecto Ignacio Camacho que es el absurdo y ridículo prohibicionismo taurino balear, aparte de que sólo se pueden lidiar tres toros, tres, también se impide «el rejoneo a caballo».

Y leerían al cultísimo Andrés Amorós sobre este punto la misma pregunta que me hago: «¿Será lícito el rejoneo si se hace en burro?». Bueno, yo he visto, y bastante, rejoneo a pie, que es la suerte de banderillas cuando actúan tres diestros rehileteros y se hartan de dar vueltas. Esto del rejoneo en burro, a la balear, es evidentemente un homenaje tardío a Guerra. Decía Guerra que no pararía hasta ver a Fermín Bohórquez rejonear en burro.

Camino de ello van en Baleares. Lástima que haya muerto el genial don Fermín Bohórquez Escribano, porque capaz era de presentarse con un burro entero en la plaza de Palma para rejonear un toro de alguna ganadería cercana, según ordena también la citada Regulación, que es, eso, nada más que regular.

Bohórquez era capaz de rejonear en burro un toro en puntas para cumplimiento de las profecías civiles de ese triste Nostradamus de esta España, con equis, que al final ha resultado ser Guerra, que a quién se le ocurre a un socialista no podemizado decir que en Cataluña hay que aplicar ya mismo el 155 de la Constitución...

Si quieres recibir la Gaceta en tu dirección, o que la reciban tus amigos, envíanos las correspondientes direcciones a: secretaria@fundacionjoseantonio.es.

La Fundación José Antonio, y sus actividades, así como la página web y esta Gaceta, han de subsistir necesariamente gracias a la aportación de patrocinadores y amigos. Por ello te invitamos a colaborar con nosotros mediante tu aportación dineraria, por pequeña que sea.

Puedes realizar tu ingreso en la cuenta abierta a nombre de la Fundación

ES23.0019.0050.0140.1010.8382

O pinchando en el siguiente enlace y allí encontrarás cómo. Gracias.

<http://www.fundacionjoseantonio.es/colabora-fundacion-jose-antonio>

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, salvo aquellos que atentan contra la moral, las buenas costumbres y la blasfemia, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores.